



LOLA MORA O EL CALOR DEL MARMOL

Más que la piedra del escándalo, Lola Mora constituyó el escándalo llevado a la piedra, a saber del dudoso juicio de la prejuiciosa aristocracia metropolitana.

Sin proponérselo, la escultora llega a la fama, conquista Europa hasta volver al país que la aguarda con un rosario de cuestionamientos burocráticos. La tierra tucumana que la vio crecer atesora mármoles y bronce. Intrépida, Lola Mora llega a incursionar desde en el cine hasta en la búsqueda de petróleo. Si es verdad que la locura es la conciencia, la escultora murió —hace casi cuarenta años— víctima de la luz, como mofándose de sus detractores, como esperando dar la justa señal para que sus obras cobren vida y visiten a los malintencionados.

por CARLOS PAEZ DE LA TORRE (h.)



La "villa" que habitaba en Roma en los últimos años del siglo XIX. Hasta allí llegaban, encabezados por los reyes, todos los aristócratas europeos a admirar los trabajos de Lola Mora.

Lola Mora en su esplendor. El gesto dominante y los profundos ojos negros señorean una espléndida planta de mujer.





Que una mujer se dedicase a la escultura, en los últimos años del siglo pasado, era insólito y sospechoso. La pintura o el dibujo, podía ser: eso permitía estar sentadita en la casa, copiando ramos de flores. Pero esto de los mármoles y los martillazos no parecía conveniente. Qué decir si el ser humano femenino en cuestión, para hacer más irreverente el cuadro, se ataviaba con una especie de bombachas de cabalgar, blusa suelta y boina; y así se montaba en los grandes bloques, dale que dale con el cincel. Y qué decir si a todo eso se agregaba que vivía sola, porque estuvo la mayor parte de su vida separada del marido. Y qué decir si tenía el genio vivo y no se callaba ante nada, y por eso vivía escribiendo a los diarios cartas violentas donde denunciaba las trapisondas del Estado que le debía dinero por sus trabajos.

Bueno, así era Lola Mora. Todo eso puede explicar porqué debió vivir en un enfrentamiento con todos. Enfrentada a un mundo que no le disculpaba su talento, y a la mediocridad de la mayoría de sus contemporáneos, que no desperdiciaban una sola oportunidad de hostigarla. Hasta hoy, hay sobre ella una especie de conspiración del silencio. Pero el libro de Oscar Haedo —que acaba de aparecer, con su biografía— parece, felizmente, haber impulsado un cambio de mentalidad: se habla de filmar sobre su base. Ojalá. Por el momento no pasa nada, salvo el caso aislado del ingeniero Jorge Wyngaard, de Tucumán, que arma, solitario, una película sobre Lola Mora para la televisión.

La historia empieza hace más de 100 años, en 1857, cuando nace Dolores Mora Vega. Hay polémica sobre el lugar, que fue en el campo: para unos, era tucumana, para otros salteña. Pero ella siempre se dijo tucumana.



Con su guardapolvo, aparece martilleando uno de los grandes bloques de mármol. Ataviada con pantalones y cabalgando andamios, su figura dio amplio material a la crítica.

LOLA MORA

y en Tucumán vivió su infancia y adolescencia. Un pintor italiano, Santiago Falcucci, fue quien le enseñó los rudimentos. Ni bien ella se enteró de su llegada —había tan pocos artistas en la aldea de su tiempo— la pidió que le diera lecciones. Empezó a recibirlas, pero le fatigaba el rigor metódico del maestro. A escondidas, descansaba borroneando flores, cosas de fantasía, caprichos. Un día —Falcucci mismo lo escribió, años después— el pintor la encontró con sus acuarelas, coloreando ramilletes y mariposas. El diálogo que siguió fue definitivo: "Señorita ¿Quiere usted ser una dilettante o ser una artista? ¿Trabaja usted por una diversión o por llegar a algo?", fueron las incisivas preguntas de don Santiago. La adolescente respondió sin pestañear: "Quiero estudiar por el arte y seguiré sus indicaciones". Y a partir de ese momento no hizo más que lo que Falcucci le enseñaba.

No tenía una situación fácil, ni mucho menos. Poco antes de empezar su aprendizaje, en menos de ocho días había perdido a su padre y a su madre.

El dato es importante, al mostrar que, desde el comienzo, Lola Mora se acostumbró a arreglárselas sola. Pero las lecciones de Falcucci eran a domicilio, y de repente el pintor no pudo dárselas, a causa de sus ocupaciones. Con la misma decisión, Lola Mora le manifestó que iría a su casa, desafiando la férrea regla de que una niña —y huérfana por añadidura— jamás podía ir sola a la casa de un hombre. Menos todavía si se trataba de esas cosas un poco linderas con la prostitución, como era considerado el arte. Las clases siguieron así.

Un día, Lola Mora se decidió a hacer un retrato del gobernador de Salta. Quería congraciarse con él, porque su familia tenía un largo pleito de tierras en esa provincia. Falcucci no pudo detenerla. La chica, utilizando una fotografía, empezó a darle a la carbonilla. El maestro empezó a admirarse del tono personal que había en el desmañado dibujo de la adolescente. Invitó a un periodista al estudio, para que viera trabajar a Lola Mora en el retrato: cuando entró, ella ni siquiera se dio vuelta a saludarlo. Pero el periodista escribió un artículo haciendo conocer en la ciudad a la nueva artista.

Empezó a exponer en 1892, en los quioscos de una vaporosa kermesse de beneficencia. No sin vencer la malevolencia del jurado, su trabajo se expuso como el mejor de la muestra. El maestro Falcucci empezó a fascinarse, y a animarla para que siguiera con los retratos. Los políticos importantes de la época —Benjamín Aráoz, Alberto de Soldati, Próspero Mena— empezaron a asombrarse de cómo la carbonilla de esta chica, de grandes ojos negros, daba no sé qué cosa a las caras con bigote prócer. A mediados de 1894, en una exposición de la Sociedad de Beneficencia presentó efigies de todos los gobernadores de Tucumán, desde Celedonio Gutiérrez (1842) hasta Próspero García (1893). Si no fuera por esos cuadros —hoy conservados en la casa del Obispo Colombres— muy pocos de aquellos rostros hubieran llegado hasta nosotros. Ya Falcucci no tenía nada que enseñarle y, como premio a sus trabajos, consiguió para la novel artista una beca para ir a estudiar a Buenos Aires. Fue el primer paso. Estuvo en la metrópoli hasta 1897, año en que obtuvo una nueva ayuda oficial, suficiente para dirigirse, encandilada, al Valhalla de todos los artistas: Roma, nada menos.

Allí, estudió al lado de uno de los grandes, Francesco Paolo Michetti, que acepta la discípula haciendo una singular excepción. El y Monteverde son los que plasman su personalidad. Decide ser escultora. El General Roca le prolonga la beca. Comienzan a llegarle en-

cargos, primero tímidos, luego progresivamente más importantes. Lola Mora empieza a conocer los halagos del éxito y el dinero. La tucumanita que se asomaba tímida a las exposiciones ha quedado para siempre atrás. Los diarios europeos siguen sus pasos y comentan su actividad. Es que además de artista talentosa es una bella mujer, con un carácter de formidable independencia, y la señoril cualidad de hacer siempre lo que le da la gana.

Por encargo de la Municipalidad de Buenos Aires, modela la fuente que —tras muchas vicisitudes— está hoy en la Costanera y que representa el nacimiento de Venus. La inauguran en 1903. Es un éxito rotundo, de público y de crítica. No menos lo serán los mármoles que esculpe, por pedido de Tucumán: la estatua de Juan Bautista Alberdi, para la plaza de su nombre, y la Libertad, para la plaza Independencia. De su arte saldrán también los relieves que decoran la Casa Histórica, hoy emplazados en el patio posterior, sobre calle 9 de Julio. Pero, mientras tanto, el reconocimiento internacional no se detiene. Gana el concurso en Australia para la estatua de la Reina Victoria, y dos reinas —Elena y Margarita— le dan un espaldarazo público al visitar su taller en Roma. Clientes nobles le encargan bronce y mármoles. Va y vuelve de la Argentina, donde los contratos parecen una lluvia ininterrumpida. No lo serán tanto, como después verá.

La brillante aristocracia de los Dos Centenarios le confía las esculturas para el Palacio del Congreso. Lola Mora entrega una serie de grandes mármoles alegóricos: La Paz, La Justicia, El Comercio, La Libertad, la pareja de leones destinados a las escalinatas, y figuras próceres como Carlos de Alvear y Facundo Zuviría. En el Congreso mismo ha instalado su taller. Los periodistas y los personajes la visitan. Le sacan fotos, publican reportajes y caricaturas. Los fascina esta mujer de mundo, que nada tiene que ver con las desmayadas y pacatas damiselas de su época. Ha tratado con reyes y con grandes artistas de Europa, y por eso su lenguaje y su decisión los ponen, a veces, incómodos; los hacen sentir provincianos. Como las grandes divas, tiene caprichos que sus mecenas acatan. Ha pedido un plano y se lo instalan en su estudio. En los descansos, Lola Mora lo toca, abstraída.

La han contratado para hacer el Monumento a la Bandera, en Rosario. También, para el de Nicolás Avellaneda, en el partido bonaerense que así se llama. Lleva su firma el busto de Luis Sáenz Peña, para la galería de los presidentes de la Casa Rosada. En plena gloria, no se olvida de sus amigos. Al senador nacional tucumano, Alberto de Soldati, le obsequia dos piezas, en recuerdo de su ayuda: un autorretrato en mármol y un busto de Soldati mismo, en cuya base ha inscripto el sobrenombre: Tito.

Pero nada despierta más enconos que el éxito. Algún oscuro resentido se divierte en mutilar su estatua de Aristóbulo del Valle, a martillazos. El famoso Monumento a la Bandera tampoco llega a inaugurarse: una serie larguísima de planteos judiciales entre la comisión y la escultora termina con la rescisión del contrato, en 1925. Las figuras quedarán arrumbadas y cubiertas de plantas, hasta que el intendente Lejarza las distribuya por diversas plazas y lugares de Rosario. Tampoco las esculturas del Congreso tendrán suerte con la inmediata posteridad. Al empezarse a investigar los gastos hechos por el Gobierno en el palacio, uno de los chivos emisarios serán las obras de Lola Mora. Cualquier diputado absolutamente lego en cuestiones de arte, se dará el lujo de probar su ironía sobre



Borroso retrato de Lola Mora durante sus mocedades tucumanas.



Viejita, en sus últimos años, esta Lola Mora en nada hace acordar a la arrogante, sugestiva mujer del Centenario. Salvo en la mirada de sus grandes ojos tucumanos.

los mármoles de la tucumana. Y la sostenida diatriba tendrá éxito. Fuera los teones, fuera las alegorías, fuera los próceres. Por suerte, alguien las recogerá y se conservarán en Jujuy (la mayoría), en Salta, en Corrientes, en San Juan.

Rara fue la voz que defendió a la gran artista. Si los hombres en desgracia rara vez tienen quien saque la cara por ellos ¿quién habría de sacarla por una mujer, y artista por añadidura? El provincianismo de ese Buenos Aires que se creía en la punta de la ola mostraba, así, un rostro cultural patéticamente atrasado. La escultura, aclamada en Europa hasta hacía pocos años, no significaba nada. Y no se le ahorraba ninguna maldad, desde comentarios rastroseros sobre su vida privada, hasta la duda sobre la real capacidad artística. Cuando te acose lo malo, espera lo peor: el dicho parecía cumplirse en plenitud.

A todo esto, Lola Mora, por carácter y temperamento, no era de las que se dejaban amilanar. La prensa de la época está llena de sus cartas, de sus memoriales. En 1904, en *El Orden* de Tucumán, dirá: *Sólo debo una explicación más al público, y es que los múltiples defectos y el extraño aspecto que presentan mis trabajos se debe a mi exclusiva y propia manera de tratar mis mármoles, contando con la más colosal de las faltas, de ser sentido este arte por una que siente, quiere, sufre, odia y combate igual que ustedes.*

A nadie le importan las quejas de la escul-



La famosa "Fuente de las Nereidas", actualmente ubicada en la Costanera Sur de Buenos Aires: la obra más acabada de Lola Mora.

tora. Se tejen conjeturas inverosímiles sobre sus ganancias. Se encuentra que ya le han dado demasiada beligerancia. ¿Quién es, al fin y al cabo, esta descarada de pantalones con infulas de Miguel Ángel? Además, hay otras cosas para preocuparse. El país va cambiando vertiginosamente. Con el radicalismo, llega al poder una oleada de gente nueva. Lola Mora pertenece al pasado. Desde 1909 a 1917, ha estado casada con Luis Hernández Otero, sobrino nieto del autor de *Martin Fierro*. Pero ya se ha separado. Es decir que tampoco tiene un marido en que apoyarse.

Terminada así, a la fuerza, su carrera de escultora, la tucumana buscará enrerezar su energía hacia otras direcciones. La tiente la incipiente industria cinematográfica. Durante un rato. Luego, piensa que el porvenir está en ese aceitoso mineral que ha empezado a aparecer en el Norte. Hará exploraciones en Salta y hasta editará un folleto, en 1926: *Combustibles, problemas resueltos*. A Rafael Alberto Arrieta, le dice: *No todo ha de ser poesía. Aunque usted no sospecha la poesía que yo hallo en todo esto. Siento en mi laboratorio, entre mis aceites minerales, la misma emoción que sentía en mi taller de escultura. Pero la experiencia no tiene éxito, y el entusiasmo declina en los primeros años de la década del 30, no sin llevarse, como un ventarrón, el capital que le quedaba. Ni siquiera tenía cómo pagar regularmente el hotel en que se alojaba en Salta.*

Vieja y enferma, Lola Mora volverá a Buenos Aires. Ya nadie se acuerda de ella, salvo algunos tucumanos generosos. En 1933, el diario *La Gaceta* organiza, en la sociedad Sarmiento, una exposición plástica en su beneficio. El diputado nacional por Tucumán, Enrique Santillán, obtiene para ella una pensión mensual de 300 pesos, por diez años.

Ni que pensar en trabajos escultóricos, a esa altura de la vida. No solo nadie se los daría después del barro que han echado sobre ella los años de adversidad: es que su organismo tampoco tendría fuerzas para atacar los grandes bloques de mármol. Su cabeza, además, no está bien. Ha empezado a olvidarse de las cosas, a creer que vive en otro tiempo, a pensar que sus estatuas tienen alma humana. A veces sale a vagar por las calles, con la mirada perdida. Se cuenta que una vez, el aguacero la sorprende mirando su famosa Fuente de las Nereidas. Un agente de policía se aproxima y le dice: *Se está mojando, abuelita. Le va a hacer mal.* Pero ella no lo escucha. Acaso en los mármoles está viendo todas las grandezas y miserias de su vida de artista. Como en un film vertiginoso, va recordando las calumnias que, junto con los aplausos, saludaron a la Fuente: que no era hecha por ella sino por un discípulo europeo, que los rostros masculinos eran retratos de sus amantes...

No puede pasear mucho, tampoco. La enfermedad la arroja a la cama, y los médicos

menean la cabeza, sombríos. En 1936, el penúltimo día de mayo, hay una chispa que pareciera prometer mejores tiempos: se reconcilia con su esposo, Hernández Otero, después de dos décadas de distanciamiento. Pero ni eso puede reanimar su gastado organismo, que convalece de un ataque cerebral. El 7 de junio de 1936, muere Lola Mora. Ese día, los diarios se vuelven a acordar de ella. Las notas necrológicas son una buena oportunidad para acallar los remordimientos de conciencia, y no cuesta nada amontonar adjetivos.

En sus últimas fotografías resultaba difícil reconocer a la bella y arrogante mujer de los gloriosos tiempos de Roma, o del taller en el Congreso Nacional. La cabellera estriada de canas y arreglada de cualquier modo las implacables arrugas, los achaques, habían cambiado totalmente el rostro de Lola Mora. En todo, salvo en los ojos negros, mirada penetrante que denunciaba la fuerte voluntad.

En un nicho de la Chacarita (número 1315, fila 6 galería 17) están los restos de Lola Mora, hoy. Cada tanto tiempo, algún funcionario fantaseador planea traerlos a Tucumán y colocarlos en una gran tumba, junto a alguna de sus obras, como una especie de póstuma retribución a esa mujer tan admirada y tan combatida. Pero el propósito pasa como nube de verano. Su vida fue una novela sin final feliz, y esa glorificación sería acaso discordante ●